Beato Pablo VI: La cruz y la gloria

Eduardo de la Hera Buedo

Delegado de Relaciones Interconfesinales en la diócesis de Palencia





El Papa Pablo VI saluda a los fieles en una misa al aire libre en Ostia, histórica localidad próxima a Roma.

I domingo 19 de octubre, en la misa de clausura del Sínodo de la Familia, el Papa Francisco ha beatificado a su predecesor Pablo VI: el Papa del Concilio Vaticano II.

Giovanni Battista Montini, por fin, ha sido reconocido, valorado y propuesto como modelo de vida cristiana. Él, tan criticado por algunos, ahora lo contemplamos elevado a los altares. Algunos todavía tenemos en la retina la imagen de un Pablo VI con las huellas del sufrimiento en el rostro, arrastrando las piernas, debido a la dolorosa artrosis que le aquejaba. La imagen de un Papa, lamentando excesos y extremismos en la Iglesia, se extendió en los últimos años de su vida. Ello le

acarreó fama de quejumbroso y pesimista. Nada más lejos de la personalidad de Juan Bautista Montini.

Conocí a Pablo VI personalmente. Al día siguiente de la canonización de San Juan de Ávila: el primero de junio de 1970. Nos acogió, en la Sala Clementina del Vaticano. Éramos un amplio grupo de sacerdotes, y estaban también los obispos españoles.

amplio grupo de sacerdotes, y estaban también los obispos españoles.

Recuerdo bien lo que nos dijo, siempre al hilo de las enseñanzas del Concilio. Sobre todo, grabé esto: «Debéis de tomar conciencia del mundo concreto y de la sociedad específica, particular, en la que se está desarrollando vuestra experiencia evangelizadora».

Nos animó mucho a trabajar en la Iglesia de España, siendo fieles al Concilio Vaticano II.

¿Quién fue Pablo VI?

1. Retrato físico y espiritual

Pablo VI no era corpulento como Juan XXIII; era más bien delgado. Ojos claros, mirada penetrante y clarividente, pulso enérgico: «Soy débil, pero soy Pedro», dijo en alguna ocasión. Era un hombre valiente, coraggioso, dijo de él el cardenal Carlo Martíni, SJ, uno de sus sucesores en la sede de Milán. Se le colocó injustamente —según pienso— la etiqueta de «dubitativo», «hamletiano». No se le hizo justicia.

Montini era, más bien, reflexivo, respetuoso, consideraba inteligentes a sus interlocutores: escuchaba y prefería abrir un interrogante.

Le gustaba formular preguntas. Las preguntas son siempre signo de una inteligencia despierta. Recordemos aquellas preguntas con las que, el 29 de septiembre de 1963, «reemprendía el camino del Concilio»: «De dónde arranca nuestro viaje? ¿Qué ruta deberemos seguir? ¿Y qué meta deberá establecer nuestro itinerario?

Estas tres preguntas, sencillísimas y capitales, tienen, como bien sabemos, una sola respuesta, que aquí, en esta hora, debemos darnos a nosotros mismos, y anunciarla al mundo entero: iCristo! iCristo, nuestro principio, nuestro guía, nuestra vida, nuestra esperanza, nuestro término!» (1).

Este era Montini: cristocéntrico, contemplativo, piadoso. Un hombre de oración, fuertemente unido a Cristo (2)

En la última etapa del Concilio Vaticano II (1964-1965), en el bellísimo discurso de apertura, se imaginaba el Papa a las generaciones venideras preguntándose por lo que había hecho la Iglesia en la época del Vaticano II.

Las preguntas no tienen desperdicio: «¿Qué es lo que la Iglesia hizo en aquellas circunstancias? Amó, se le responderá. Amó con ánimo pastoral (...) La Iglesia, mientras se celebraba el Concilio, amaba —se dirá en el futuro—y amaba con espíritu misionero» (3).

Si Pablo VI dudaba o parecía indeciso en algunas ocasiones, ello se debía a que miraba reflexiva y prudentemente los múltiples rostros o aspectos de una realidad, con frecuencia poliédrica.

Pablo VI creía en la colegialidad como forma de gobierno en la Iglesia: escuchaba a los obispos, y tomaba decisiones, después de consultar a peritos y a hombres de Iglesia.

Pablo VI no era un solitario en el poder. Pero nunca abdicó de su responsabilidad última.

2. Pastor, apasionado por la Iglesia

Montini fue, además, un gran obispo: un pastor preocupado por la misión de la Iglesia. En sus años como arzobispo de Milán, y después como pastor de la Iglesia universal, Pablo VI solo tuvo una preocupación: dialogar con el mundo moderno desde su tarea de servicio. Como hombre de Iglesia y ministro del evangelio.

Pablo VI, primero, amaba a la Iglesia. Y, después, la pensaba o hacía teología. Por este orden: amar, pensar, orar. San Agustín decía que no se busca ni se ve en profundidad sino aquello que se ama. Esta fue la norma de Montini. La practicó con las personas, y la hizo realidad con el misterio

de la Iglesia.

3. Tres actitudes ante la Iglesia

Desde el amor que él profesaba a la Esposa de Cristo y, tal vez, simplificando un poco, el Papa Montini clasificaba o dividía en tres las actitudes que él percibía frente a la Iglesia: por un lado, la indiferencia de muchos; por el otro, la crítica, unas veces destemplada, constructiva otras, y, icómo no! la pasión, también, de quien la ama sinceramente (4). Pablo VI muere diciendo: «Siento que la Iglesia me circunda: ioh santa Iglesia, una, católica y apostólica, recibe, con mi bendición y saludo, mi supremo acto de amor!» (5).

Sin embargo, a Montini no se le clasifica fácilmente. Amó, pero fue también crítico. ¿De dónde surge, si no, todo su empeño reformador? Es verdad que el Concilio, al que el Papa se debía totalmente, nos ponía a toda la familia de Jesucristo —a toda la Iglesia— en el camino de la renovación y de la reforma. Pero Montini llevaba, en el interior y en su actividad de Pastor, este deseo reformador aun antes de ser Papa (6).

4. El Papa del Concilio Vaticano II

¿Con qué Concilio Vaticano II se encontró, en otoño de 1963, el recién elegido Papa Montini y qué Concilio entregó a la Iglesia en diciembre de 1965?



El Papa Pablo VI dirige un mensaje.

Pablo VI, recién elegido Papa, se encontró con un Concilio en marcha: el Concilio de Juan XXIII y de la Curia Romana. Lo habían diseñado, inicialmente, como un Concilio breve. Muere Juan XXIII (3 de junio de 1963), y deja interrumpido el Vaticano II. Montini, a la sazón arzobispo de Milán, es elegido Papa el 21 de junio. Desde el primer momento, se sabía que el Concilio continuaría. Pablo VI lo reinicia, el 29 de septiembre del mismo año, con un esquema de pensamiento muy claro: el Vaticano II sería un Concilió fundamentalmente sobre la Iglesia, que incluyera los problemas y desafíos del mundo contemporáneo. Pero él quería un Concilio cristocéntrico: que buscara y fuera fiel a las fuentes bíblicas y patrísticas; o sea, a la gran Tradición de la Iglesia. De aquí surgiría el deseo y puesta en práctica de la renovación y reforma que necesitaba la Iglesia. Al final, el Concilio de Pablo VI –como ya se sabe– duró tres años y dos meses, y se desarrolló en cuatro etapas.

5. ¿Hay, hubo, varios Montinis?

En una entrevista para la radio me preguntaban: «¿Cuántos Montinis hay? ¿No es, tal vez, uno el Montini, que siendo cardenal asiste al Concilio como arzobispo de Milán; otro, el que pilota el Vaticano II de 1963 a 1965; y otro, el que ha de aplicarlo en el in-

mediato postconcilio?».

Respondí, enseguida: «No, es la misma persona». Montini siempre fue el mismo: un intelectual, un creyente; pero también un pastor, a quien preocupa la Iglesia y el diálogo con el mundo moderno. Siendo cardenal-arzobispo de Milán, Montini tomó parte en la primera sesión del Concilio Vaticano II, y perteneció a la Comisión Central, encargada de sistematizar y unificar los temas que se habían propuesto para debatir en el Aula conciliar, que eran muchos y un tanto dispersos. Siendo Papa, pilota ya el Concilio sin inmiscuirse en los debates de los padres conciliares; él vigila, pero es respetuoso, deja en libertad a los obispos para que debatan ampliamente; eso sí, con una especial atención a las minorías discrepantes. El quería que, en las votaciones, apareciera el máximo consenso.

Y llegó la etapa del posconcilio, que fue la etapa de las alegrías y de los sufrimientos: el Concilio iba produciendo frutos maduros en las filas del laicado, en la reforma litúrgica, en la marcha hacia la unidad de las Iglesias... Pero es verdad que también hubo sufrimientos por determinadas rupturas: los lefebvrianos, por un lado; los excesos del llamado «concilio pastoral holandés», por otro; las secularizaciones; las protestas y contestaciones, ampliamente extendidas en la Iglesia: sobre todo, después de la publicación de la última encíclica del Papa, en 1968: la Humanae vitae. Algunos periodistas la presentaron como la encíclica del «no a la píldora» anticonceptiva, del no al control artificial de natalidad. Pero Humanae vitae fue la encíclica del «sí» a la vida: al amor conyugal, un amor responsable, generoso y abierto a la fecundidad.

Hoy, con todos los problemas que tienen planteados las familias y las sociedades envejecidas de Occidente, *Hu*manae vitae habría que releerla y valo-

rarla en muchos de sus pronunciamientos

Estilo antifascista v democrático y relaciones con España

No nos llama la atención el estilo de Montini: democrático y antifascista. Primero, respiró vientos de democracia entre sus familiares de Brescia. Segundo, él mismo tuvo que soportar persecución de los amigos de Mussolini, cuando era joven consiliario de la FUCI (Federación Universitaria Católica Italiana). Más aún: sufrió sucesos humillantes, como cuando en 1931 la sede de la FUCI fue arrasada por los fascistas. «El fascismo morirá de indigestión, si continúa así, y será vencido por su propia prepotencia» –dijo Montini en una carta a sus padres (7).

¿A quién puede extrañarle que monseñor Montini fuera muy crítico, aunque siempre prudente, con los Pactos de Letrán (1929)? Le hizo daño ver a Mussolini entrando en el Vaticano y firmando aquellos pactos, que alguno podía interpretar como un pacto más o menos solapado con las ideas del régimen. Frente a todo esto, lo mejor era «reforzar las energías espirituales» (8).

Sobre la tan traída y llevada posición antifranquista de Montini y, en general, sus relaciones con España, no entraré aquí a analizarlas. Permítaseme remitir a los bien documentados libros de don Vicente Cárcel Ortí, colaborador de ECCLESIA y gran estudioso

del tema (9).

En una carta a su padre (29-VI-1937), refiriéndose a la guerra civil española, lamentaba las cosas espantosas que estaban sucediendo en España. À él se debió que, en 1946, el Congreso Mundial de Pax Romana se pudiera realizar en nuestro país, así como el Congreso Eucarístico Internacional de 1952. Dice Adornato que evidentemente Montini, desde la Secretaría de Estado, actuaba así para no aislar a la maltrecha España del resto de los países (10).

Por lo demás, Pablo VI (en contra de lo que algunos estereotipos y caricaturas han querido resaltar) amó profundamente a España y conocía el genio del catolicismo expresado

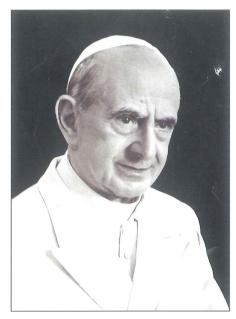


Imagen de los últimos años de la vida del Papa Pablo VI (1897-1978).

en nuestra rica cultura, tan abundante y diversa, en el arte, en los escritos y en la vida de los grandes santos españoles que él conocía: Teresa de Jesús (en 1970, la proclamó doctora de la Iglesia), Juan de la Cruz, Ignacio de Loyola, Juan de Ávila, a quien, como dije, canonizó el 31 de mayo de 1970, eximiéndole de milagro,..

Con el Gobierno del general Franco tuvo sus tiras y aflojas. Pablo VI quería, por ejemplo, que el Gobierno de un país católico asumiera las enseñanzas del Concilio: el derecho a la libertad religiosa, el nombramiento de obispos por parte de la Santa Sede, renunciando Franco al llamado «derecho de presentación», etc. Así que con el Gobierno franquista tuvo sus desencuentros, ya siendo arzobispo de Milán. Pero con España, no. A España ciertamente la adoraba.

Concluyendo

Pablo VI fue fiel al Vaticano II; pero, como hemos dicho, no pilotó la Iglesia sin sufrimientos. Es, por tanto, un acto de justicia el reconocimiento que

ahora le hace la Iglesia, proponiéndole como modelo de vida cristiana. Él dio mucho, sin pedir nada a cambio. Fue un maestro en muchas cosas: también, a la hora de abrazarse a la cruz de Cristo. Lo hizo con alteza de miras y con mucha esperanza. Siempre, a la luz de la Pascua del Resucitado.

NOTAS

- (1) Discurso para la apertura de la segunda sesión del Concilio Vaticano II (29-9-1963): AAS 55 (1963) 845-846.
- (2) Cf. V. LEVI, Il Gesù di Paolo VI (Prefazione di Carlo Maria Martini), Mondadori, Milano, 1985; G.B. MONTI-NI, Orar con Pablo VI. Diálogos e invocaciones a Dios, San Pablo, Madrid, 2008.
- (3) Texto completo en AAS 57 (1965) 794-805 y en Insegnamenti III (1965) 460-482.
- (4) Alocución audiencia general (12-IX-1973): Inseg XI (1973) 834-837.
- (5) Testamento de Pablo VI (30-VI-1965): AAS 80 (1978) 560.
- (6) Cf. Sus escritos y trabajos pastorales, siendo arzobispo de Milán: GB MONTINI, La Chiesa (Discorsi dell' Arcivescovo di Milano) (1957-1962), Milano, Arcivescovado, 1963.
- (7) Cf. GB MONTINI, Lettere ai familiari (1919-1943), a cargo de N. VIAN, Istituto Paolo VI-Studium, Brescia-Roma, 1986 (vol 4/1, 440. Sobre el conflicto con el fascismo: Cf. G. ADORNATO, Pablo VI, el coraje de la modernidad, San Pablo, Madrid, 2010, 33-38.
 - (8) Ibíd.
- (9) Cf. V. CÁRCEL ORTÍ, Beato Pablo VI: Papa del diálogo (Prólogo de monseñor Ricardo Blázquez), BAC, Madrid, 2014, 259-426. Ver también de este autor: Pablo VI y España. Fidelidad, renovación y crisis (1963-1978), BAC, Madrid, 1997.
- (10) Cf. G. ADORNATO, Pablo VI, el coraje de la modernidad, o. c. 46.